

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

EL PODER Y LA OPOSICIÓN

CONDICIONES DE EXISTENCIA

TEMO que los españoles y, en general, los hispánicos de ambos hemisferios, no tengamos una idea muy clara de la significación de los conceptos Poder y Oposición —con mayúsculas que sugieren una función permanente, algo así como una realidad institucional, aunque no sea estrictamente legal, del mismo modo que hay Constituciones que no son leyes escritas—. Y si tendemos la mirada por el mapamundi comprobaremos, quizá con sorpresa, que esa falta de claridad va mucho más allá de nuestras fronteras lingüísticas; es decir, que tales conceptos son claros en una porción muy reducida del planeta.

El venerable «Diccionario de Autoridades», en su tomo V, de 1737, daba ya una primera acepción de la palabra Poder que, curiosamente, se ha mantenido hasta la última edición del actual «Diccionario de la Lengua española» (1970): «El dominio, imperio, facultad y jurisdicción que uno tiene para mandar o ejecutar alguna cosa.» En cambio, la palabra Oposición no tenía el sentido político que recibió mucho después, ya que se entiende sobre todo de los regímenes democráticos y representativos, sobre todo parlamentarios.

En una gran parte del mundo no existe Oposición; las elecciones celebradas en Vietnam el 25 de abril no la preveían; se consideraba que los candidatos comunistas representaban a todo el pueblo vietnamita, y no era necesario que hubiese más que la lista oficial; se comprende fácilmente el entusiasmo con que, por lo visto, votó casi el 100 por ciento del censo, y se puede imaginar la apasionada impaciencia con que se esperaron los resultados de las elecciones.

El 22 de noviembre de 1966 —exactamente nueve años antes de la proclamación de don Juan Carlos como Rey de España—, el entonces Jefe del Estado presentó a las Cortes Españolas el proyecto de Ley Orgánica del Estado; los procuradores escucharon la lectura y aprobaron el proyecto por unanimidad en la misma sesión. Mis recuerdos juveniles pero muy precisos me llevaron a la discusión del proyecto de Constitución en las Cortes de 1931: se examinaba y discutía cada preámbulo, cada artículo, se defendían, se presentaban enmiendas, se aceptaban o rechazaban, se mataban y corregían, se aprobaban, por fin, uno por uno, los artículos de la Ley fundamental.

Poco después de la instantánea, unánime y docilísima aprobación por las Cortes Españolas, el 14 de diciembre de 1966, la Ley Orgánica fue sometida a referéndum y, naturalmente, aprobada. Por supuesto, sin oposición, sin crítica, sin discusión pública de sus méritos o inconvenientes. No muchas semanas más tarde, el gran político americano Averell Harriman visitó España, y reunió a un pequeño grupo de españoles; dijo Harriman que en su país se consideraba nuestra Ley Orgánica —al menos esa era su opinión personal— como «un pequeño paso» («a small step») hacia adelante, hacia la normalización de la vida

pública. Casi todos los presentes estuvieron de acuerdo. Yo le hice observar que también lo estaría si hubiera sido una Ley dictada, porque en todo caso hubiese significado un límite o configuración que el Poder onnmodo se ponía a sí mismo, un grado de institucionalización, siempre conveniente; pero que había sido votada sin forma alguna de oposición, es decir, sin las condiciones objetivas necesarias; que a mí me parecía necesaria y deseable la democracia, pero que, en caso de no tenerla, creía preferible mantener su deseo, su expectativa, a la ilusión engañosa de tenerla ya. Tuve la impresión de que Harriman comprendía bien mi punto de vista.

Cuando no hay más que fuerza, no puede haber, en rigor, oposición, sino resistencia. ¿Quién hablaría de la «oposición» en los países invadidos por Hitler, o en la misma Alemania bajo su dominio, o en cualquier régimen totalitario? Cuando se tiene la impresión de que el Poder es una fuerza hostil que avanza sobre nosotros, no cabe más que entregarse, esconderse o resistir. Hay oposición en la medida en que el Poder no es mera fuerza, en que tiene alguna autoridad, aunque sea precaria, en que gobierna y no sólo oprime, en que es «tratable» y por eso se puede tratar con él, discutir, dialogar —aunque sea en condiciones de inferioridad.

Como se ve, las condiciones de existencia del Poder político y la Oposición son recíprocas: son posibles o imposibles a la vez; hay Poder político en la medida en que acepta la oposición —en rigor, la necesita—; si no, es fuerza bruta, coacción, violencia; a la inversa, la Oposición —si no quiere ser ciego enfrentamiento mecánico y maniático— necesita la consistencia y organización de un Poder al cual va a oponerse racionalmente, de manera que el resultante sea un movimiento del país hacia alguna meta inteligente y razonable.

La «oposición» automática, que cree que su misión consiste en decir siempre «No» y no dejar hacer, es tan impolítica como los mecanismos de aprobación instantánea. Goethe llamaba al Diabolo «el espíritu que siempre niega» («der Geist, der stets verneint»), y lo peor del Diabolo es su monotonía, su incapacidad de invención y sorpresa; pero igualmente es un pobre diablo el que no sirve más que para decir «sí», sea cualquier cosa lo que le pregunten o propongan.

Pero hay que hacerse algunas preguntas más. Oposición ¿a qué? Recuerdo muy bien mi actitud —y la de tantos otros, desde luego la inmensa mayoría de los universitarios— durante la República, cuando había política, partidos, discusiones, discursos y votaciones: no estábamos automáticamente a favor ni en contra de nada ni de nadie. Nuestra aprobación o desaprobación

nuestro entusiasmo o repulsa, dependían de los contenidos, no de las etiquetas. Un día nos parecía admirable un discurso de Indalecio Prieto y otro día lo encontramos lamentable; podíamos aprobar una intervención de Azaña o de José Antonio Primo de Rivera o de Gil Robles, a reserva de estar en desacuerdo con ellos; y si casi siempre me sentía en consonancia con Ortega o Julián Besteiro no era por ser quienes eran, sino porque solían hacer acopio de decencia y de razones antes de empezar a hablar.

El conformismo incondicionado es bastante repulsivo; pero la oposición automática y permanente es otra forma de conformismo, en nada superior. Y puede ocurrir que el oponerse «siempre», el oponerse «a todo» lleve a concidir con gentes de fisonomía bien distinta y tal vez no muy agradable. Si el Gobierno español se pregunta hoy dónde está la oposición, tendrá que mirar a ambos lados, y es muy posible que en estos días piense que se encuentra sobre todo muy a su derecha, y muy organizada. Por su parte, el que quiera «oponerse» deberá pensar primero con pulcritud desde dónde va a hacerlo y hacia dónde. Otra cosa es, por lo menos, ingenuidad.

Para mí es indudable que el Poder, en determinadas circunstancias, puede significar la oposición a un poder anterior, y entonces la oposición cerrada al poder actual resulta un fortalecimiento del más antiguo. Recuérdese la distinción entre generaciones «polémicas» y «cumulativas»; las primeras se oponen bruscamente a la anterior y marchan en otra dirección; las segundas coinciden en gran parte con la inmediatamente precedente, se suman a ella —con otros matices—, prolongan su empresa. La generación del 98, polémica si las ha habido, se enfrentaba con el mundo de la Restauración; la generación siguiente, la de los nacidos en torno a 1886 —la de Ortega, Marañón, Pérez de Ayala, Madariaga, Juan Ramón Jiménez—, del 98 —con innumerables discrepancias—, precisamente porque seguía siendo polémica frente a las anteriores, que «seguían en el poder». Si esta generación se hubiese empecinado en oponerse maníaticamente a la del 98, en todo lo que hacía y pensaba y escribía, hubiera resultado terriblemente reaccionaria y habría prestado un gran servicio al pasado que era menester transformar.

La función de una oposición inteligente e innovadora es oponerse a todo lo que esté mal y estimular a las fracciones «polémicas» del Poder —si las hay— a proseguir su obra, intensificarla y depurarla; no asociarse de hecho, aunque sea involuntariamente, con aquellos obstáculos que es preciso remover si se quiere de verdad despejar el horizonte.

Julián MARIAS

EN UNOS LUSTROS

PALABRA MAS, PALABRA MENOS

ALGUIEN, por ejemplo, tuvo la santa paciencia de reducir a números el vocabulario de Shakespeare. Este tipo de recuentos tiene, sin duda, un claro interés erudito: sirven de algún modo para precisar determinados aspectos del fenómeno literario. Al fin y al cabo, la sutileza expresiva de un escritor depende, no siempre pero sí a menudo, de la abundancia de su lenguaje. Por lo menos, una cierta tradición retórica inclina a considerarlo así. Dominar una lengua no consiste sólo en eso, desde luego, y, en realidad, cada caso es un «caso particular». Del viejo y enigmático dramaturgo inglés se dice que llegó a emplear poco más de 250.000 palabras —distintas, naturalmente—, sobre un total de 450.000 que se calculan vigentes en su idioma cuando él vivía. Me temo que, hecho el mismo experimento con los papeles de Rimbaud o de Valéry, el resultado daría unas cifras muy inferiores: un par de miles, quizá tres. La diferencia de volumen de las respectivas obras influye en la diferencia del léxico, por supuesto, y la comparación no vale. Sin embargo, en igualdad de «escritura» —igualdad cuantitativa—, Shakespeare seguiría llevando la ventaja. O Balzac. Y Céline. Y Gabriel Miró, o Ricardo León... Sea como fuere, lo que yo pretendo poner hoy sobre el tapete es otro problema.

Es el problema de la progresiva depauperación de las lenguas actuales en todos sus usos, sin descartar el literario. He adelantado la noticia sobre Shakespeare únicamente con el objeto de subrayar su excepcionalidad. Bien mirado, hasta el objeto más enjuto, más parco en preciosismos lingüísticos, maneja una cantidad de vocablos muy superior al ciudadano medio. La gente «normal», en sus relaciones diarias, no necesita sino unos escasos centenares de palabras para hacerse entender: para hacer negocios, para hacer el amor, para hacer política, para hacer sus rezos, para hacer filosofías. Los contemporáneos de Shakespeare, labriegos o

cortezanos, menestrales o doctos, y el propio Shakespeare cuando hablaba con los cómicos de su «troupe» o con cualquier pariente, amigo o conocido, no debieron de valerse de muchas más. Los espectadores de los colosales melodramas del «cine de Avon» tuvieron que quedar sobrecogidos ante la avalancha casi sinfónica de la variopinta palabrería manipulada por el comediante-poeta. Aldous Huxley, en su «Brave new world», aprovechó el «décalage» idiomático producido entre el nivel de lengua de Shakespeare y el de la sociedad anglófona de la utopía final: el «salvaje» superviviente hablaba como los personajes del «Hamlet» o del «Macbeth», en contraste con el inglés-básico del futuro...

Hoy, en efecto, todos los idiomas, empezando por los «sobrealimentados» —como diría Salvador Espriu—, sufren una escandalosa, creciente pérdida de elementos: de palabras, y también de giros, de matices sintácticos, de sustancia tradicional. No ha de sorprendernos.

La lengua es compañera de la vida —imperio incluido—, y la vida, de un tiempo a esta parte, ha cambiado, está cambiando y cambiará, de una manera sísmica, sin precedentes, a una velocidad increíble. Los idiomas siempre han estado en evolución, son evolución permanente, y sólo el espejismo de la «koine» literaria sugiere la idea de unos «modelos» gramaticales normativos. Lo de ahora tiene unos caracteres distintos. La «evolución» a que aludo, durante siglos y siglos de sociedad rural, de sociedad preindustrial exactamente, hubo de ser lenta. A medida que la «industrialización» se dispara, los idiomas ingresan en un terreno de movilidad rápida y, a la vez, esquematizador. Es decir: los nuevos tipos de relación social comportan una reducción de vocabulario. Las multitudes urbanas, aunque se dispersen en zonas residenciales o en termiteras suburbanas, ya no saben hablar —no les hace falta saber hablar— más que con

unas cuantas docenas de nombres sustantivos comunes, y unos cuantos verbos, y poquísimos adjetivos.

El léxico de un campesino o de un artesano, en su esfera, era rico. ¿El de un oficinista, el de un obrero industrial, el de un barman, un tendero, un técnico en computadoras, un camionero, un catedrático de Derecho Administrativo o de Lógica Matemática? Son, automáticamente, de una precariedad absoluta. Y no sólo porque muchas cosas y acciones «antiguas» hayan caducado. Se comprende el olvido del instrumental de los viejos oficios: aperos de labranza, herramientas de obrador, recetas domésticas de trabajo. Pero igualmente se amplía el desastre sobre materiales que siguen ahí: las plantas y los animales, sin ir más lejos. Los habitantes de la ciudad ignoran los nombres de las plantas y de los bichos, en sus gloriosas variantes. Los niños de las últimas hornadas nunca verán una gallina viva, no sabrán distinguir entre el orégano y la col, y el pescado servido en la mesa les será ininteligible. Ya sé que, contra esa tendencia fatal, se erige una vasta campaña de lecciones de «historia natural» en fascículos y películas. No es lo mismo. Para un alto porcentaje de la población, mañana, todo lo verde será hierba, y todo lo que vuele, pájaro, a secas y sin más. Es una forma de denunciar el asunto, por supuesto. En unos lustros, los diccionarios se habrán convertido en catálogos de arcaísmos.

Es verdad que a rey muerto, rey puesto: que las palabras decaídas son reemplazadas por otras. Las cuales no designan las mismas cosas ni las mismas acciones, porque las cosas y las acciones que van introduciéndose en nuestras rutinas son evidentemente «otras». Ya no proceden de una elaboración popular y secular, sino de las urgencias de la técnica y de la publicidad. Serán aproximadamente unos centenares: menos que nunca. Y cultismos. Estamos hablando, sin darnos cuenta, un nuevo idioma:

el de los anuncios, el de los laboratorios, el de los burócratas. El proceso es irreversible, guste o no. Las «academias», allá donde las hay, se dedican a codificar lo que antaño se llamaban «barbarismos», metiendo en sus catálogos oficiales una incesante serie de términos emanados de esa presión inmediata de las circunstancias. Todos esos neologismos —«barbarismos» sería una designación impropia— son inexcusables. Un análisis del lenguaje coloquial en curso nos haría ver cómo predominan, en boca de la ciudadanía ingenua y hasta analfabeta, por poco «urbanizada» que sea, las especies léxicas que, un día ¡ay!, indignaban a Quevedo, o al purista de turno en cualquier idioma.

Si: las lenguas pierden «personalidad». Los medios de comunicación post-gutenbergianos —y ya la imprenta fue un recurso unificador— suprimen las variantes: los dialectos, los argots, las delicias verbales del poeta o del novelista, incluso ponen en peligro la situación vegetativa de los idiomas marginales o marginados. Vamos más allá del rulo aplanado que, en principio, fue la escuela, esa curiosa arma antilingüística que la clase dominante enfocó sobre la tierna población ancestral. La fecha concuerda con la Revolución Francesa: con el ascenso de la burguesía al poder. Es el modelo francés, el del abate Gregoire y compañeros de parlamento. Yo no negaré que eso concuerda con el «sentido de la historia». Pero tampoco hemos de disimular, «históricamente», lo que la operación significaba y significa como mecanismo alienatorio y capcioso. Vamos más allá de eso, repito. Y no tiene remedio. Cada lengua se «desvenculariza» en aras de una comodidad general. Subsisten las «raíces» automáticas, pero se propende a un vocabulario abstracto e internacional y a una sintaxis primaria y neutra. Lo demás es folklore. Precario, por tanto.

Juan FUSTER

CHINA

Salida garantizada: 1º de JUNIO
PLAZAS LIMITADAS

Visitando: PEKIN - TALIEN
SHENYANG - ANSHAN - TANGSHAN

Solicite información y folleto a:

**CIA. HISPANOAMERICANA
DE TURISMO**

Pº de Gracia, 11 BARCELONA-7
Telf. 301 65 00 (10 líneas)

500.000 electrodomésticos

Comber

vendidos en España en 1975

desde luego...

Comber

la marca de prestigio